¡RELIGIOSO, PERO PERDIDO!

(Falsas esperanzas de salvación)

¿Por qué millones de personas que asisten a la iglesia, gente moral, religiosa, incluso sacerdotes, se van al Infierno a pesar de que ellos esperan ir al Cielo?

¡Sorprendente declaración de la Palabra de Dios!

Por el evangelista

Dr. Juan Rice

"No todo el que dice: ¿Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos. Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Yo entonces les diré: Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad".

Multitud de personas que esperan ir al Cielo irán al Infierno de tormento. Miles de „buenas" personas, personas „morales", que asisten a la iglesia, que trabajan incluso por la iglesia, sacerdotes, predicadores y profetas se encontrarán perdidos cuando ellos esperaban ser salvados, condenados cuando esperaban ser aprobados, y serán arrojados de los Cielos cuando esperaban ser recibidos en la gloria eterna. Este es el claro y explícito significado de las palabras de nuestro Señor y Salvador Jesucristo arriba citadas.

Las columnas de los periódicos traen a veces anécdotas acerca de "El momento más embarazoso de la vida", pero nada en la vida puede ser de más horrible humillación, desilusión y vergüenza que la situación aquí descrita: multitudes que esperan salvarse, que creen estar salvadas, pero que están perdidas. Reclamarán salvación; pero recibirán condenación. Son hombres satisfechos de sí mismos, que viven bajo el espejismo de esa ilusión, acogidos a ese

falso refugio; pero quedarán horrorizados al oir de labios de Jesús que Él jamás los conoció y que no los recibirá en el Cielo.

Nótese que esto no es un aviso para que las personas que ya poseen la salvación en Cristo se cuiden de no perderla. Jesús no dijo que rechazaría a aquellos que en otro tiempo conocio, sino a los que nunca había conocido ni aceptado. En otras palabras, Él advierte solemnemente a multitud de personas que profesan ser honradas y justas que se verá obligado a decirles: 'Jamás os conocí. Vosotros nunca fuisteis regenerados, hijos de Dios, nacidos de nuevo'.

Muchos de los que dicen "¡Señor, Señor!" no entrarán en el reino de los cielos. Muchos de los que han hecho cosas maravillosas, y que aun reclaman haberlas realizado en nombre de Jesús, no serán recibidos en el Cielo. Son maestros sin cátedra. Son quizá feligreses de alguna iglesia; pero no cristianos. Han *reformado* su vida; pero no han *renacido*. Están viviendo en la ilusión de que su vida espiritual marcha perfectamente, cuando en realidad sus corazones son perversos, llenos de pecado y están viviendo bajo la ira del Dios Omnipotente.

¡Muchos sacerdotes y personas que trabajan por la iglesia, muchos que llaman a Jesús "Señor" despertarán, sin embargo, en el Infierno!

¡Cuán terrible aviso! ¡Es un aviso para aquellos que han profetizado, para aquellos que ciertamente han predicado, enseñado y trabajado en nombre de Jesús! No obstante, el amado Salvador se verá obligado a decirles: ¡"Nunca os conocí"! Predicadores que incluso consiguieron convertir a la gente, que efectivamente hablaron en nombre de Jesús — no modernistas, ni paganos, sino muchos de los que en realidad llamaron a Jesús "Señor" — serán excluídos del reino de los cielos y oirán a Jesús decir: ¡"Nunca os conocí; apartaos de mi, obradores de iniquidad"!

Sin duda, Judas Iscariote hizo milagros en nombre de Jesús. Sin duda él, como los otros apóstoles, predicó el Evangelio y contribuyó a la salvación de muchas almas. Él fue enviado con el resto de los doce a predicar y curar y arrojar demonios. Él fue un predicador, un profeta, un apóstol, uno que trabajaba en nombre de Jesús, un asiduo feligrés diríamos hoy día, un hombre religioso; pero estaba perdido, condenado, y según todos los indicios, se fue al Infierno.

Por eso, te rogamos, aunque tú seas un hombre religioso, ¡ ASEGÚRATE DE QUE ESTÁS SALVADO!

En el capítulo 7 de Mateo, leemos: "Entrad por la

puerta estrecha, porque ancha es la puerta y espaciosa la senda que lleva a la perdición, y son muchos los que por ella entran. ¡Qué estrecha es la puerta y qué angosta la senda que lleva a la vida, y cuán pocos los que dan con ella!".

He aqui una alarmante y triste verdad. Según las palabras de Jesús, mucha más gente va al Infierno que al Cielo. Hay más almas perdidas que salvadas. Hay un angosto camino con una puerta estrecha que conduce a la vida, y *pocos* son los que le hallan. Pero hay una espaciosa senda y una puerta ancha que lleva a la perdición, y son *muchos* los que entran por ella, dice Jesús. De acuerdo con la llana declaración de nuestro Salvador, relativamente pocas personas de los millones que poblaron y pueblan la tierra se hallarán en el Cielo; en cambio, un gran número estará en el Infierno. La mayoría, pues, de los hombres que viven en el mundo son pobres, perdidos, defraudados, engañados y condenados pecadores.

La gente suele decir, refiriéndose a las distintas religiones o iglesias: "Todos vamos al Cielo, aunque por diferentes caminos". Pero eso no es verdad. Jesús dijo que solamente hay un camino para ir al Cielo, un angosto camino y una puerta estrecha. No hay más que una senda que conduzca al Cielo. Muchos de los que dicen "¡Señor, Señor!" no entrarán en el Cielo, sino únicamente los que hacen la voluntad del Padre, es decir, los que hacen la

voluntad del Padre en lo que al plan de salvación se refiere. Quienes aceptan Su plan de salvación son salvados por la sangre de Cristo. Quienes confían en sus buenas obras, en su moralidad, su catolicismo, o en sus sentimientos, experiencias o ceremonias religiosas, están en el camino ancho que lleva a la perdición; y después de la muerte o en la segunda venida de Christo se encararán con la trágica sentencia que Él pronunciará: "Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad".

La mayor parte del género humano abriga esperanzas de alguna clase. Unos confían y esperan en ciertas religiones. Muchos son católicos, judíos, o protestantes. Otros depositan su esperanza en las filosofías del Budismo o el Hinduísmo. No pocos buscan un sentimiento de seguridad en sus códigos morales. Multitud de personas niegan la existencia del Infierno. Un incontable número de hombres confía ciegamente en determinadas ceremonias religiosas para salvarse, y millares de otros creen que el llevar una vida moral y de buenas obras los librará de la ira de Dios. Pero, según las claras palabras de Jesús, la gran mayoría de la raza humana vive en una falsa esperanza; y cuando ellos mueran, serán rechazados por Cristo y atormentados en el fuego eterno como obradores de iniquidad, que nunca han conocido a Cristo como un Salvador personal.

Por eso, urgimos encarecidamente a cada lector que revise de nuevo su fe y se asegure de su salvación. Millones

de hombres que creen estar salvados, están perdidos. Tú puedes ser uno de ellos. Millares de los que asisten a la iglesia son inconversos, pecadores no regenerados que viven bajo la ira de Dios. Quizá tú seas uno de ellos. Actualmente hay en el Infierno un sinnúmero de buenos "cristianos", que han ido a ese lugar de desesperación porque nunca poseyeron en la tierra la vida eterna, la verdadera salvación que ofrece Cristo. No hay duda de que muchos católicos y otros de distintas creencias han errado definitivamente el camino, han abrigado una falsa esperanza y ahora están en el lugar de tormento. Algunos de ellos leían sus Biblias, asistían a la iglesia todos los domingos, socorrian a los pobres, llevaban sus diezmos u ofrendas a la casa de Dios, observaban los días de ayuno y abstinencia, se confesaban con frecuencia, hasta rezaban el rosario y comulgaban diariamente. Sin duda, muchos habían sido fieles colaboradores en la Acción Católica, pero cuando se encontraron cara a cara con Cristo ¡cuál no sería su sorpresa al ver que no les recibía, que en Su opinión sólo eran obradores de iniquidad, y que eran condenados a la eterna vergüenza y al eterno tormento!

Amigo, queremos advertirte ahora, solemnemente, que éste es un asunto serio, y que si no estás seguro de que posees la salvación, la vida eterna, debes asegurarte de ello hoy mismo. Recuerda que incluso Judas, un apóstol de Jesucristo, murió como un condenado.

Numerosas advertencias de la Biblia

En los últimos años, al encontrarnos con muchas, muchas personas que asisten a la iglesia y con otras tantas que ni siquiera la pisan, nos ha preocupado grandemente el hecho de que ninguna de ellas muestra evidencias de haber nacido de nuevo, ninguna puede dar un testimonio concreto de su fe en Cristo, y, sin embargo, viven contentas, tranquilas en cuanto al futuro. Y hemos leído de nuevo la Biblia, y de nuevo nos hemos tropezado con las tajantes advertencias a esta clase de gente. De la frecuencia con que este asunto aparece en la Biblia, deducimos que hay un real y tremendo peligro de llevar una existencia frustrada, abrigando falsas esperanzas, y descubrir al final que uno está eternamente perdido.

El Salvador dijo: ". . . Salió un sembrador a sembrar, y de la simiente, parte cayó junto al camino, y viniendo las aves, la comieron. Otra cayó en sitio pedregoso, donde no había tierra, y luego brotó, porque la tierra era poco profunda; pero levantándose el sol, la agostó, y como no tenia raíz, se secó" (Mt. 13.3-6). La semilla que cae en pedregales claramente representa a aquellos que, habiendo oído el Evangelio, fueron un tanto movidos por él, pero no fueron genuinamente convertidos. Jesús lo explicaba a sus oyentes en estas palabras: "Lo sembrado en terreno pedregoso es el que oye la palabra y desde luego la recibe con alegria; pero no tiene

raíces en si mismo, sino que es voluble, y en cuanto se levanta una tormenta o persecución a causa de la palabra, al instante se escandaliza". He aquí los que pretenden ser cristianos, pero no tienen raíces en sí mismos. Por algún tiempo han recibido la Palabra con alegría, pero no fue real la obra de la gracia en sus corazones, no experimentaron un nuevo nacimiento, una efectiva regeneración. Jesús, en esta parábola, menciona dos clases de personas que no poseen la salvación: los que alegremente dejan resbalar sobre sí la Palabra de Dios, sin prestarle atención; y los que reciben la Palabra con gozo y proclaman ser cristianos y esperan ir al Cielo, pero que nunca han poseído verdaderamente la vida eterna, por no tener raíces en sí mismos.

Esto indica que el Salvador conoció multitud de gentes que pretendian poseer la gracia divina, la salvación, pero que en realidad no la poseían. Jesús quiso mostrarnos que gran número de personas esperan salvarse, pero no se salvarán. Abrigan esperanzas, pero sus esperanzas no están bien fundadas. Otros esconden tras su apariencia externa un pozo de mentiras. Hay muchos hijos del diablo mezclados con los hijos de Dios. Si Jesús volviera hoy, millones de hombres sufrirían una triste y amarga desilusíon al comprobar que ellos serían colocados a Su izquierda, como pecadores condenados, no regenerados, que jamás habían pertenecido al pueblo de Dios.

Y esto lo encontramos repetido una y otra vez en las parábolas y enseñanzas de Jesús. Él habló acerca de una red que fue echada en el mar y recogió toda clase de peces; y una vez sacada a la playa, los buenos peces se juntaron en vasijas y los malos se tiraron. Nótese que lo esencial de la historia no es que hubiera en el mar peces malos o de infima calidad, sino que éstos se hallasen mezclados con los buenos en la red (Mateo 13:47-50). Jesús habló acerca del trigo, y de la cizaña sembrada entre el trigo, de tal manera que los hombres no podían distinguirla. Lo uno y lo otro crecieron juntamente hasta la siega, y entonces fueron separados. Y sabemos que "la siega es la consumación del mundo; los segadores son los ángeles" (Mateo 13.39). Es decir, al fin de los siglos, Dios y Sus ángeles separarán a los salvos de los perdidos o condenados. Y observemos que Jesús no está hablando aquí de la cizaña esparcida fuera del sembrado, o en las orillas, junto a la cerca, o en los retazos donde sólo crece la mala hierba, sino ¡de la cizaña que crece en el campo, *en medio del sembrado, entre el trigo*! Hay muchos réprobos en las iglesias. Engañosos e impenitentes pecadores, que pasan ante el mundo como hijos de Dios, experimentarán en aquel día una horrible desilusión, al saber que están perdidos para siempre.

Por eso te rogamos tan encarecidamente, amado lector, que te asegures de tu salvación. Asegúrate hoy mismo. Cada sacerdote, cada predicador debe examinar

su propio corazón hasta poder saber con certeza que él es un hijo de Dios. Muchos ministros del Señor han vivido engañados y han muerto sin arrepentirse, como Judas Iscariote.

Jesús dijo: "Muchos me dirán en aquel día: ¡Señor, Señor!, ¿no profetizamos en tu nombre, y en nombre tuyo arrojamos los demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros?" (Mateo 7.22). Por tanto, si muchas personas religiosas, que trabajaron por el Señor, serán juzgadas como inconversas, conviene que tú revises de nuevo el fundamento, las bases en que se apoya tu fe y veas si es la tuya una falsa esperanza. Si de nuevo hallas la dulce certidumbre, la doble seguridad de que tú eres un hombre renacido o regenerado, y un hijo de Dios, entonces tienes motivo para regocijarte una vez más, evocando aquellas palabras de Jesús: "... alegraos de que vuestros nombres están escritos en los cielos" (Lucas 10.20). Pero si no eres un verdadero creyente, un convertido, ¡cuán importante es que lo descubras ahora, antes de que sea demasiado tarde!

Jesús habló de dos hombres que fueron al Templo a orar, el uno fariseo y el otro publicano (Lucas 18.9-14). El fariseo se consideraba muy justo, él mismo dijo que lo era. Él oraba, daba su diezmo, ayunaba, llevaba una vida moral y buena, y, sin embargo, no volvió a su casa justificado.

El apóstol Pablo guardó las vestiduras de los que apedreaban a Esteban y partió de allí respirando amenazas y muerte contra los cristianos. Cuando salió camino de Damasco, Pablo creía que tenía salvada su alma. Mas tarde nos dice que había pertenecido a la estricta secta de los fariseos y que había llevado una vida intachable según la Ley. Pero, cuando el Señor Jesús se le apareció en medio de una luz resplandeciente y más brillante que el sol, Pablo se dio cuenta de que no era más que un pobre y perdido pecador que perseguía a Jesucristo.

Las Escrituras te advierten machaconamente, amigo lector, que debes asegurarte de tu salvación.

No todos los que dicen "¡Señor, Señor!" se salvarán sino los que hacen la voluntad de Dios en lo que se refiere a la salvación.

En Mateo 7.21 leemos las palabras de Jesús: "No todo el que dice: ¡Señor, Señor!, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos". La queja de Jesús contra los que se acuerdan demasiado tarde de buscar entrada en los Cielos, es que con sus labios honraron al Señor, diciendo: "¡Señor, Señor!" Pero tales personas nunca han hecho la voluntad del Padre. Por supuesto, este versículo de la Escritura no enseña que únicamente se salven quienes de

modo perfecto hayan hecho la voluntad del Padre *en todas las cosas*. Eso significaría que tan sólo podrían salvarse aquellos que fuesen sin pecado, perfectos. Eso inutilizaría, dejaría sin efecto la sangre de Cristo. Eso sería salvación conseguida por el hombre, y no por Dios; salvación por obras, y no por pura gracia de Dios. No, Jesús quiso decir que solamente se salvarían aquellos que hicieren la voluntad de Dios *en lo tocante a Cristo y al plan de salvación* — es decir, aquellos que confíen en Cristo — Jesús como el Cordero de Dios que murió por nuestros pecados, y así, dependan de Él para el perdón y la salvación.

¿Cuáles son las obras que agradan a Dios? Esta pregunta surgió ya en el siglo I y fue claramente contestada por nuestro Salvador. En Juan 6.28, 29 la Escritura dice: "Dijéronle, pues: ¿Qué haremos para hacer obras de Dios? Respondió Jesús y les dijo: La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado".

¡Héla ahí! "La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado". No consiste en hacer buenas obras, en asistir a la iglesia, en rezar, en dar ofrendas, en confesarse, en predicar; no, no, eso no es el plan de salvación que Dios quiere. La manera de hacer obras de Dios es creer en el Salvador que Él ha enviado. El único medio de salvación es confiar en Jesucristo. No es profetizando, ni arrojando demonios, ni haciendo muchos milagros como

se abren las puertas del Cielo, sino confiando en Cristo-Jesús, que vino al mundo a morir por los pecadores. Éste es el plan de salvación de Dios. Quien confie en Cristo y le acepte como su Salvador, está haciendo la voluntad del Padre. La voluntad de Dios es que todos los hombres crean en Su Hijo y así reciban vida eterna. Los que esperan salvarse de otro modo, por otro camino, no están haciendo la voluntad del Padre.

¿Cuál es tu falsa esperanza?

Según las Escrituras, hay un camino que conduce a los Cielos, un estrecho y angosto camino; y asímismo, hay una senda que conduce al Infierno, una espaciosa y ancha senda por la que muchas personas transitan. Pero, no obstante ser muchas las personas, no hay varias espaciosas sendas, sino sólo una. Esto quiere decir que, sean cuales fueren las falsas esperanzas que los hombres tienen, todas se centran en la bondad humana, en la humana justicia, en las organizaciones humanas. El camino angosto es el camino de Dios, de la salvación, ofrecida gratuitamente por medio de la expiatoria sangre de Jesucristo, que ha muerto por los pecadores. Solamente los que confían en Él están salvados. Ésta es la puerta estrecha que, entre toda la población del mundo, pocos son los que dan con ella. Pero un sinnúmero de hombres prefieren confiar en si mismos, en su propia justicia u honradez, en sus buenas obras, en su Iglesia . . . ., y asi van entrando por la puerta ancha y van recorriendo la espaciosa senda que conduce a la perdición. Muchos de los que dicen "¡Señor, Señor?" no están salvados, porque no hacen la voluntad del Padre, que consiste en seguir el plan de salvación ofrecido por Dios a través de la sencilla fe y confianza en Jesucristo.

En cierta ocasión hemos preguntado a un hombre: "¿Es Ud. cristiano?" Y él nos respondió, un tanto

vacilante: "Bueno, procuro no hacer mal a nadie y llevar una vida honrada. Hago lo mejor que puedo".

Pero nosotros le aseguramos que el ser cristiano no consistía en tratar de llevar una vida buena. Recordemos al fariseo que fue al Templo a orar. Él vivía probablemente, en apariencia, una vida más perfecta que la de cualquier hombre que esto lea. Él ayunaba dos veces a la semana, daba el diezmo de cuanto poseía, iba a la iglesia, rezaba, y a veces hasta públicamente; él no era injusto, no era adúltero. Realmente, era un hombre magnifico, al menos en lo exterior. Era un hombre sumamente bueno desde el punto de vista humano, y a pesar de ello Jesús dijo que no volvió a su casa justificado.

A algunas personas les gusta que Jesús diga: „Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad" ,porque ellas se jactan de que hacen la voluntad de Dios y confían en su salvación. Pero, si en lo que están confiando es en sus buenas obras, no cumplen verdaderamente el primer requisito de la voluntad de Dios para cada pecador: considerarse a sí mismo irremediablemente perdido y condenado, y confiar en Jesucristo, que ha muerto por los pecadores para ser su Salvador y Redentor. " . . . . La obra de Dios es que creáis en aquel que Él ha enviado" (Juan 6.29).

Quienes confían en sus buenas obras se han buscado un remedio muy superficial. Están remendando la

parte externa de su vida, la que los hombres pueden ver; procuran, por todos los medios posibles, presentar una buena apariencia. Pero no reforman su sucio corazón, que está tan negro que forzosamente ha de acarrearles la ira de Dios. El error de los fariseos consistía en que ellos limpiaban cuidadosamente el exterior de la copa y del plato, pero en su interior estaban llenos de engaño y podredumbre. Jesús dijo que ellos poseían ante los hombres una apariencia externa de justicia, mas interiormente estaban llenos de hipocresía e iniquidad. Y así estás tú, pobre pecador que esto lees, si confías en tu vida buena, en tu moralidad, en tus buenas obras para conseguir el Cielo. La Palabra de Dios dice que tu justicia es solamente como un vestido inmundo en Su presencia (Isaías 64.6). Tú apareces bueno ante los hombres, pero no eres bueno. Tu aparente bondad oculta un corazón impío, no regenerado. Y ese corazón culpable tiene que ser purificado, tus pecados han de ser perdonados, tu naturaleza debe ser transformada antes de que puedas encontrarte en paz con Dios.

Muchos le dirán a Jesús en aquel día: "Señor, yo hice muchas obras buenas en tu nombre. Yo he socorrido a los pobres, he oído Misa todos los domingos, me he llevado bien con mis vecinos. He ganado el pan para mi familia. He adquirido buena fama. He pagado mis deudas". Mas a los tales, que confían en su propia justicia,

Jesús les dirá: "Nunca os conocí; apartaos de mí, obradores de iniquidad" (Mateo 7.23).

Los hombres no quieren reconocer su pecado. No quieren confesar que su caso está irremediablemente perdido sin Cristo. No están dispuestos a admitir que sus pobres y corruptos corazones tienen que ser transformados, o de lo contrario, pasarán la eternidad lejos de Dios.

Ahi está el error. En lugar de hacer la voluntad de Dios en lo que a la salvación se refiere, confiando en Jesús y en Su sangre, vertida en pago de nuestros pecados, en lugar de aceptar la justicia de Dios, que es ofrecida e imputada gratuitamente al creyente, los hombres buscan afirmar *su propia justicia*. Los hombres quieren conseguir el Cielo por medio de su propia bondad; ansían que se dé crédito a ella, que se la tenga en cuenta. Desean ser exaltados en vez de ser humillados. Procuran ignorar su pecado en lugar de confesarlo a Dios y condenarlo. Ésta es simplemente una parte de la perversa rebelión del hombre carnal. El hombre natural o incrédulo no está dispuesto a confesar a Dios sus pecados; se niega a doblar la rodilla ante Cristo-Jesús como el único Salvador de los hombres. El hombre que fue al banquete de bodas sin vestido nupcial era simplemente figura de aquellos que confían en su propia justicia, en vez de confiar en la pura justicia del impecable Salvador que murió por nosotros.

Los que confian en la Iglesia o en la Religión

Es chocante y triste el hecho de que muchas personas religiosas vayan al Infierno. Recordemos que hay muchas religiones al lado de la verdadera religión de Jesucristo. La religión no es garantía de salvación. Los fariseos eran religiosos, y crucificaron a Cristo. Tenían un corazón perverso, aunque aparecían ante los demás como hombres justos. Recordemos que Caín era religioso. Él ofrecía sacrificios, pero a Dios no le agradaban sus sacrificios. Él oraba, pero Dios no le escuchaba favorablemente.

Muchos católicos son tremendamente religiosos y muy devotos, pero nada saben de la paz interior ni del nuevo nacimiento. Estamos seguros de que algunos católicos han confiado únicamente en Cristo para obtener la salvación, pero ¡cuántos aún doblan sus rodillas ante imágenes y están confiando en la Iglesia y en sus ordenanzas, en la confesión, en los rezos, en la intercesión de Maria y de los Santos y en las misas celebradas por los sacerdotes!

Dicho claramente: uno puede ser muy religioso, muy "beato", y estar totalmente perdido. Aquellos que dicen: "¡Señor, Señor, ábrenos! serán tal vez muy religiosos, pero la religión no les preservará del Infierno. Bautizarse, rezar, ir a la iglesia, confesarse, oir Misa, comulgar, dar dinero en las colectas . . . . — todo eso son prácticas religiosas, pero no pueden salvar el alma.

Eso forma parte de la pervertida justicia humana, que cifra sus esperanzas de salvación en las ceremonias humanas y no en la sola sangre de Cristo. El hombre confía en sí mismo — él puede merecer, obtener, ganar su salvación — en lugar de confiar en la gracia de un Dios misericordioso que ama a los pecadores.

Tal vez tú dirás: "Pero yo fui bautizado". ¿Y eso qué importa? Si confías en el bautismo por el bautismo, como si fuera cierto rito mágico que pudiera salvarte, continúas como antes de ser bautizado, con la única diferencia que de un pecador seco pasaste a ser un pecador mojado. Porque el agua por sí sola no transforma el corazón. ¡No es el agua lo que salva, sino la Sangre! Quizá fuiste bautizado de niño, y tus padrinos hicieron unas promesas por ti. ¿Acaso crees que eso cambió tu corazón o tu naturaleza, con su inherente tendencia al pecado? Mientras eras niño te mantuviste salvo, guardado por la gracia de Dios, pero al llegar a ser un pecador responsable, estás perdido, y solamente la sangre de Cristo puede salvarte. Quizá hasta fuiste confirmado. Tal vez algún sacerdote te susurró al oído en un confesonario que tus pecados te eran perdonados. Pero nosotros te decimos hoy, muy seria y encarecidamente, que tú necesitas algo más que la palabra de un hombre en este asunto. Necesitas la absoluta certeza de la misma Palabra de Dios y la dulce seguridad interior que infunde el Espíritu Santo.

"Mi religión me vale para vivir, pero no me vale para morir"

Hace algunos años, en una gran campaña, tuvo lugar la conversión de una joven, que vino a nosotros profundamente angustiada y bañada en lágrimas, deseando saber qué era lo que ella debía hacer para salvarse. Le explicamos que Cristo había muerto por los pecadores, que su deuda ya estaba totalmente pagada, que su único deber era reconocerse culpable y pecadora y confiar en la sangre de Cristo-Jesús, que limpiaría todos sus pecados. Le dijimos, que sencillamente, ella tenía que aceptar a Jesús y confiar en Él, a fin de obtener el perdón de sus pecados y la paz para su corazón. Pero ella comenzó a decir: — "Por favor' Padre, háble me". Primeramente creí que ella estaría pensando en su padre carnal; luego comprendi que se refería al sacerdote católico. Sin duda, él habría sido un hombre muy amable y sincero, como suelen serlo los sacerdotes católicos; procuré, pues, no censurarle cuando en este caso hablé sinceramente a la joven. Esta muchacha había comenzado siendo una buena católica. Sabía sus oraciones y se había preparado para la confirmación. Me dijo que el día en que ella iba a ser confirmada, todas las confirmaciones fueron pospuestas por orden del Obispo o de otra más alta autoridad, por alguna razón. Al domingo siguiente se hallaba gravemente enferma. Un médico la visitó, luego otros varios fueron consultados, y

finalmente se desesperó de su curación. Le hicieron saber que sus minutos estaban contados. Ella me confió que en aquellos momentos sentía mucho miedo, y me dijo: "Entonces me dí cuenta que mi religión podía ser bastante buena para vivir, pero ciertamente no me servía para morir. Oré, y pedí a Dios que me diese otra oportunidad, para que yo pudiera saber lo que Él deseaba que hiciese y cómo podria salvarme". Le habló así al Señor: "Tengo miedo, soy una pecadora, no estoy preparada para morir, y no sé cómo salvarme. Pero si Tú me devuelves la salud, yo aprenderé a estar lista para encontrarme contigo".

Dios escuchó su oración. Recobró la salud e inmediatamente acudió a la campaña en busca del Señor. Yo ví que, con lágrimas en los ojos, ella hablaba a su hermana menor y le decía: "¡No tomes esto a la ligera Es cosa seria. La felicidad eterna de tu alma depende de ello!"

¡Cuán ansiosamente ella escuchaba, y cómo chispeaban sus ojos mientras su mente captaba la verdad! Cuando, finalmente, vio que la puerta estaba abierta, que sus pecados habían sido expiados en la Cruz, y que Dios se hallaba pronto a recirbirla si ella aceptaba a Jesús como su Substituto, su Salvador, su Redentor y su Señor, ¡cuán gozosamente ella le aceptó! Y le siguió por medio de un hermoso bautismo, para mostrar abiertamente al mundo que reconocía como su Salvador.

Querido amigo, tu religión puede convenirte grandemente ahora pero queremos decirte con franqueza: si no estás en el camino angosto, si no has entrado por la puerta estrecha, la cual es Cristo-Jesús únicamente, entonces es la tuya una falsa religión. Si confías en tus buenas obras, en tu bautismo, en tu asistencia a la iglesia o en tu moralidad, te suplicamos encarecidamente que nos oigas, pues estás sentenciado a la ruina y perdido.

En nombre de Jesús, pues, asegúrate. Desecha toda esperanza que no se apoye únicamente en Jesucristo. Él murió por los pecadores. Él te ama. Él afirmó que "al que viene a mí yo no le echaré fuera" (Juan 6.37). Tú necesitas no ser defraudado.

Puedes adquirir esa seguridad si encuentras algún versículo en la Escritura que te la proporcione, por medio de una clara promesa de Dios. Búscala en Juan 3.16, en Juan 3.18, en Juan 5.24. Si crees, si confías en Cristo, ya tienes vida eterna, según la clara Palabra de Dios.

Cómo puedes ser salvo para siempre y cómo puedes saberlo

"¿Qué debo yo hacer para ser salvo?" te preguntarás. He aqui la respuesta de Dios, dada en Hechos 16.31: "Cree en el Señor Jesús y serás salvo tú y tu casa". Muchos viven engañados, sin saberlo. No es dificil salvarse si uno

sinceramente desea seguir el camino de Dios. El hacer la voluntad del Padre consiste sencillamente en confiar en Jesucristo Su Hijo, que ha muerto para salvarte. Él pagó por todos tus pecados. La justicia de Dios quedó satisfecha con el precio pagado por Jesús, y Dios ofrece perdón gratuito a todos los que creen y confían en el Señor Jesucristo. Por medio de la Biblia nos fue transmitida esta verdad preciosa. Reclama hoy mismo esta bendita promesa:

> „Porque tanto amó Dios al mundo, que le dio su Unigénito Hijo, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga la vida eterna" (Juan 3.16).
>
> "El que cree en Él no es juzgado; el que no cree, ya está juzgado, porque no creyó en el nombre del Unigénito Hijo de Dios" (Juan 3.18).
>
> „En verdad, en verdad os digo que el que escucha mi palabra y cree en el que me envió, tiene la vida eterna y no es juzgado, porque pasó de la muerte a la vida" (Juan 5.24).

Convirtiéndote, volviéndote de corazón a Cristo y confiando tan sólo en Él, como el único que puede perdonarte, darte un nuevo corazón y vida eterna, estás haciendo exactamente lo que el Padre exige que hagas. Es bien sencillo. Puede hacerse en un momento. Pero tienes que confiar, depender únicamente de Cristo para salvarte, y no

esperar ser salvo a causa de tus buenas obras o porque seas un hombre "religioso". Imita el ejemplo del pobre publicano, que oraba: "¡Oh Dios, sé propicio a mí pecador!" Si deseas el perdón, puedes obtenerlo. Si eres un pecador y te reconoces como tal, recuerda que fue por tí por quien Cristo murió. Si desechas tu propia justicia, puedes estar seguro de que serás bien recibido. El Señor Jesús vino a buscar y a salvar lo que se había perdido. Él murió para salvar a los pecadores. Nosotros te aseguramos hoy, querido amigo, que no confiamos en nadie en el mundo más que en Cristo, que murió por nosotros, y que Dios ha prometido el perdón a los que confiamos en Él.

Si tú haces esto, querrás entregarte a la voluntad de Cristo tan de continuo que el Espíritu Santo te llenará de alegría y seguridad. "El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios" (Romanos 8.16). Cuando confíes en el Salvador, abandónate a Él. Reclámale abiertamente Sus promesas. Síguele doquiera Él te guíe. No te contentes hasta que tengas en tu corazón la plena seguridad, la absoluta certeza de que tus pecados han sido perdonados y que tu alma es salva. Esta seguridad te será infundida por el Espíritu de Dios, el cual derramará en tu corazón el amor divino. Él dará testimonio juntamente contigo. Él es el Consolador; Él hace las veces de Cristo, está en lugar de Cristo. Amigo, ¡asegúrate hoy mismo de que eres salvo!

¡Ojalá que puedas decir hoy a Dios esta oración u otra semejante!:

"Lávame en la sangre del Señor,
Limpiame de toda mi maldad;
Traigo a Tí mi vida para ser, Señor,
Tuya por la eternidad".

Mi decisión

¿Puedes firmar honestamente lo que sigue? ¿Puedes hacerlo hoy?:

Francisco Rodriguez

Apartado 2191

Tánger

Querido hermano Rodriguez:

En este día reconozco delante de Dios que yo soy un pecador culpable. Desecho todas las esperanzas de salvación que había puesto en mi propia justicia, en mi asistencia a la iglesia o en las ceremonias religiosas. Desde ahora, confío plenamente en Jesucristo. Confío en que Él perdona mis pecados cambia mi corazón y me da vida eterna. Aqui y ahora le recibo en mi corazón y le acepto como mi Salvador.

Firma .....

Dirección .....

Si hoy, después de leer este folleto, has aceptado a Cristo como tu Salvador personal, ¿quieres escribirnos diciéndonoslo? Puedes usar el tipo de carta arriba indicado o escribir otra en tus propias palabras, y nosotros te daremos muy gustosos una alentadora respuesta.

Francisco Rodriguez